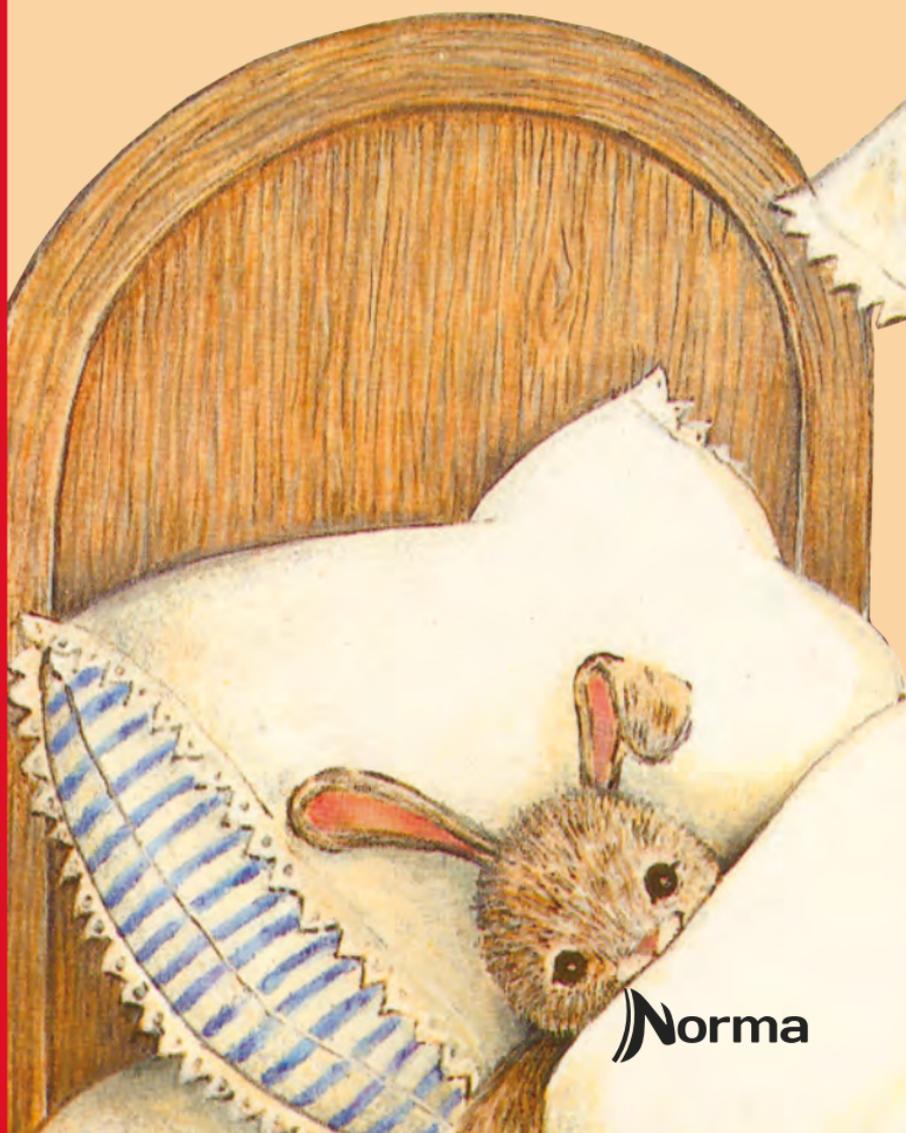




El conejo de felpa

Margery Williams

Ilustraciones de Patricia Acosta



Norma

El conejo de felpa

El conejo de felpa

Margery Williams

Traducción de María del Mar Ravassa

Ilustraciones de Patricia Acosta

 **Norma**

www.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,
San José, San Juan, Santiago de Chile

D.R. © 1992 por Editorial Norma S. A.
Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México,
Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal,
S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Vigésimaprimer edición, 2009
Decimoséptima reimpresión, agosto 2009

Traducción: María del Mar Ravassa
Ilustraciones: Patricia Acosta
Diagramación y armada: Blanca Villalba P.
Elaboración de cubierta: María Clara Salazar P.

ISBN: 958-04-1839-X
ISBN: 978-958-04-1839-9

*Para Francisco Bianco
de
El conejo de felpa*

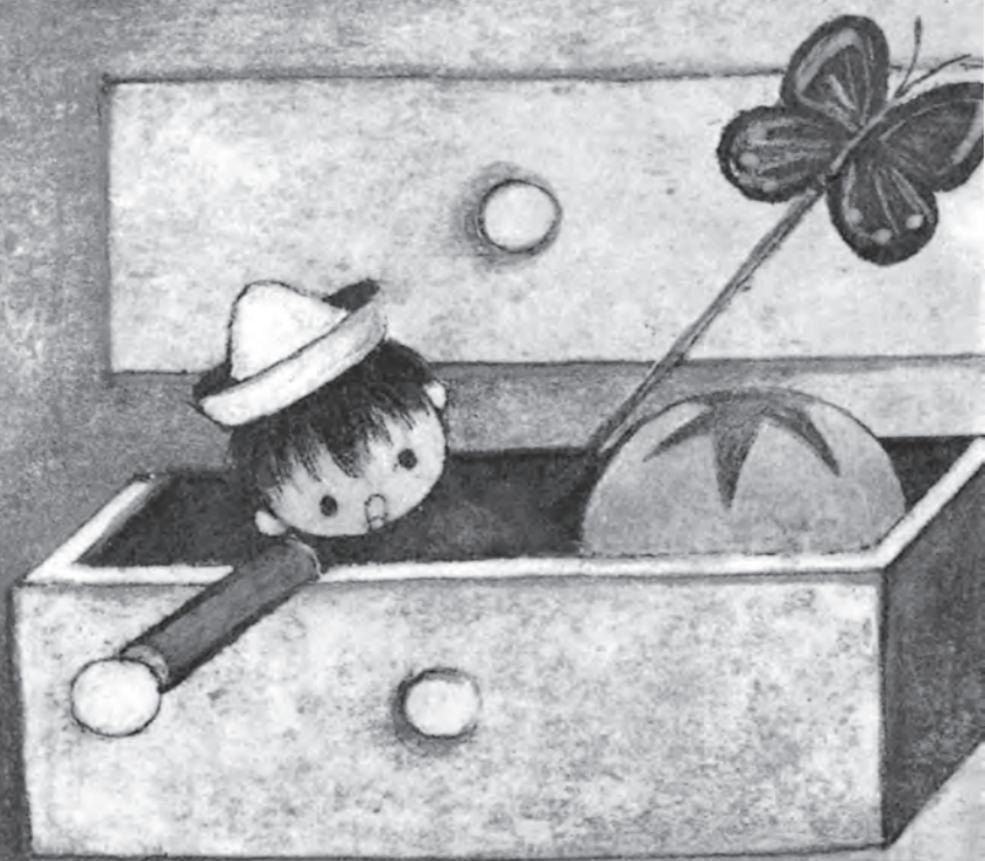


Había una vez un conejito de felpa que al comienzo era verdaderamente sensacional. Era gordo y macizo, como debe ser un conejo; tenía manchitas de color blanco y marrón en la piel; los bigotes eran de pura hebra y las orejas estaban forradas de satín. El día de Navidad, metido en la media del niño, apenas con la cabeza afuera, con una rama de acebo entre las patas, se veía precioso.

Entre la media, había otras cosas: nueces, naranjas, una locomotora de juguete, almendras de chocolate y un ratón de cuerda, pero el conejo era lo mejor de todo. El niño lo acarició por lo menos durante dos horas; después, llegaron las tías y los tíos, y durante un rato, se oyó el crujir del papel de seda y el desenvolver de paquetes, y, en la emoción de abrir tantos regalos, se olvidaron del conejo de felpa.









Durante mucho tiempo, vivió en el armario de los juguetes o en el piso del cuarto de juegos, sin que nadie pensara mucho en él. Era tímido por naturaleza, y como estaba hecho sólo de felpa, algunos de los juguetes más costosos lo trataban con desprecio. Los juguetes mecánicos eran muy superiores, y se creían mejores

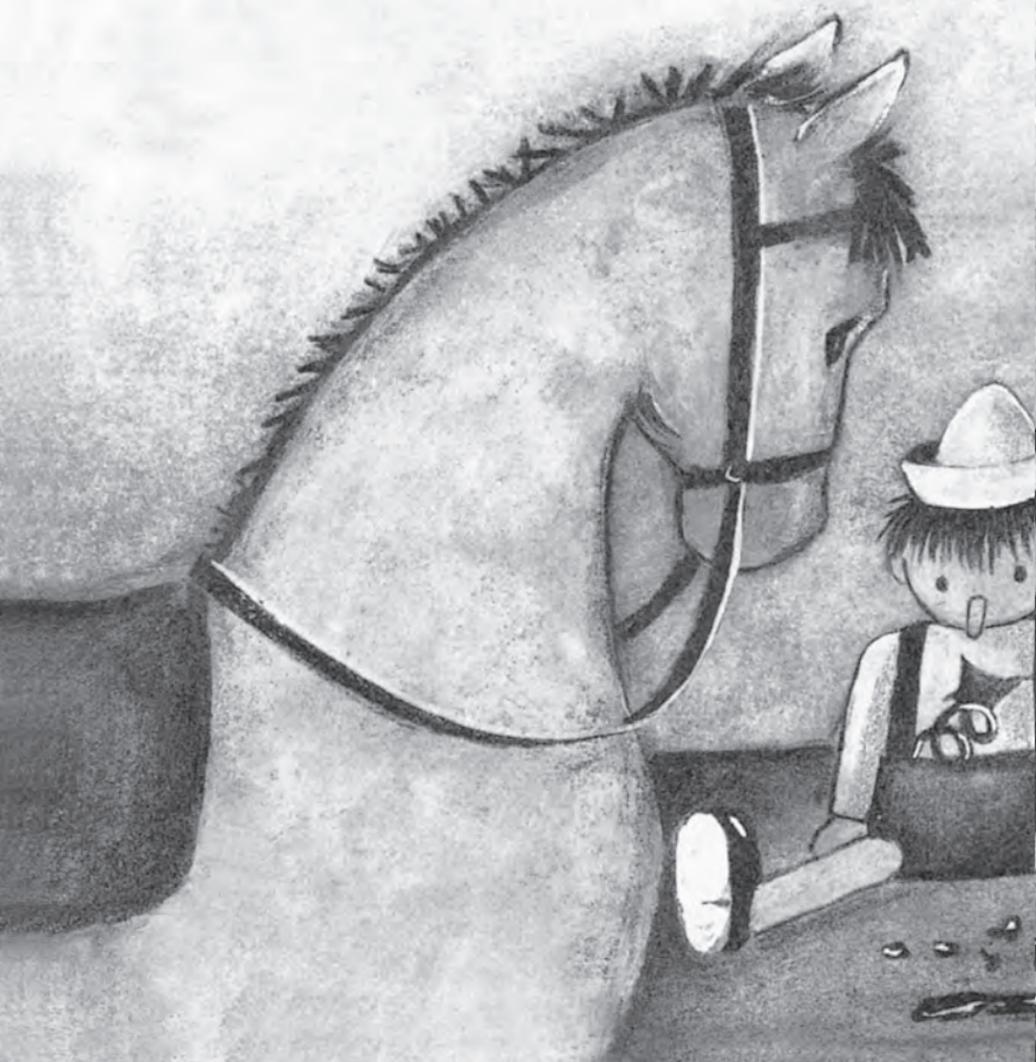
que todos los demás; estaban llenos de ideas modernas y pretendían que eran de verdad. El bote modelo, que ya había cumplido dos años y había perdido gran parte de su pintura, los imitaba, y jamás perdía una oportunidad de referirse a su cordaje en términos técnicos. El conejo no podía pretender ser modelo de nada, porque no sabía que los conejos de verdad existían; pensaba que todos estaban rellenos de aserrín, como él, y entendía que el aserrín estaba muy pasado de moda y no debía mencionarse en círculos sociales. Incluso Timoteo, el león de madera desarticulado, que había sido fabricado por soldados lisiados y que debiera haber sido más tolerante, se daba ínfulas, y fingía que tenía conexiones con el gobierno. El pobre conejito se sentía muy insignificante y común entre todos ellos, y la única persona amable con él era el caballo de piel.

El caballo de piel había vivido en el cuarto de juegos mucho más

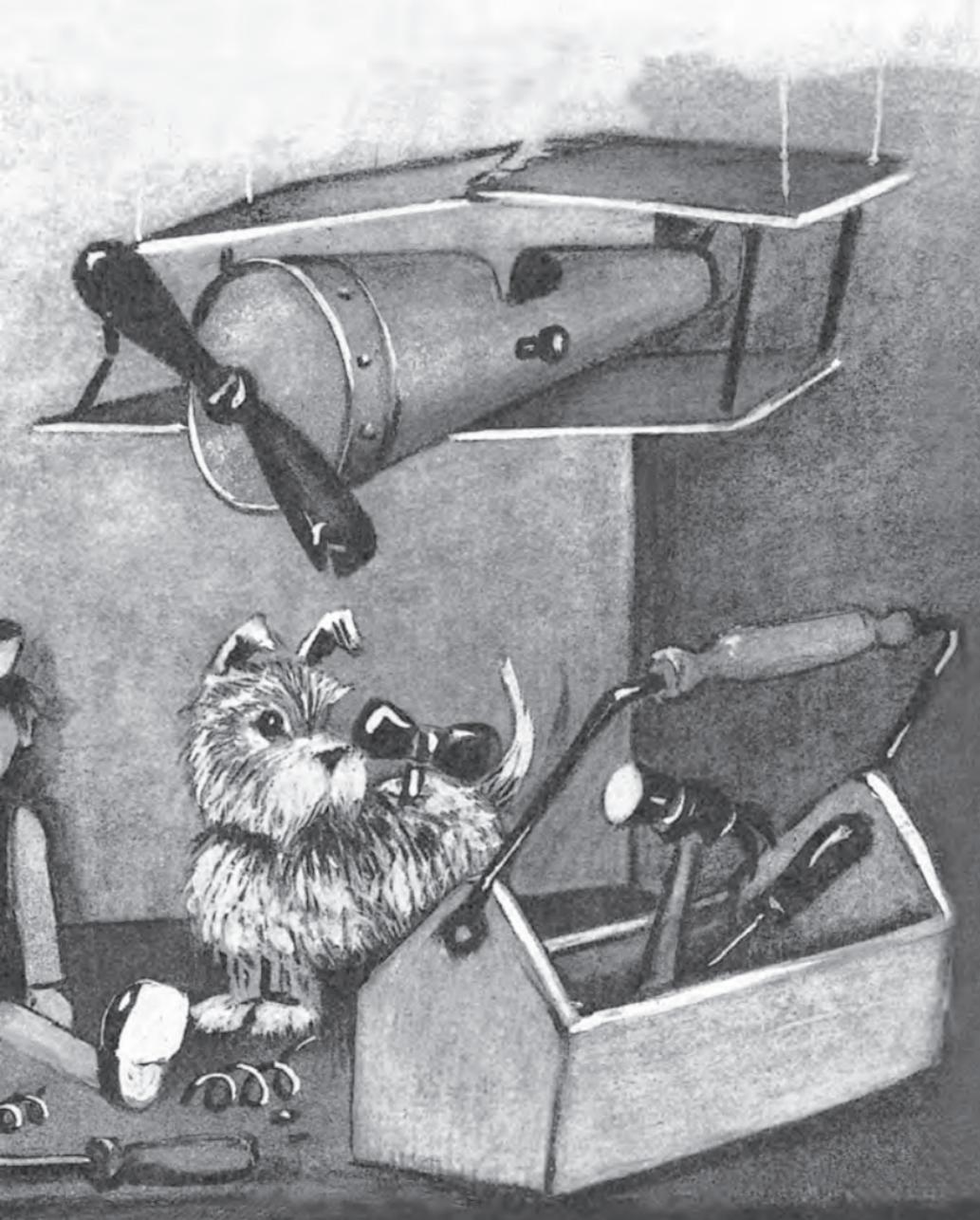


tiempo que los demás. Era tan viejo que en algunas partes no tenía pelo y se le veían las costuras. Le habían arrancado la mayoría de las cerdas

de la cola para anudar collares de bolitas perforadas. Era sabio, porque había visto llegar toda una larga serie de juguetes mecánicos, llenos de jactancia y ostentación, y ver, con el tiempo, como su mecanismo interno se rompía, para luego morir; y sabía que no eran más que juguetes y que jamás llegarían a ser nada más.



Porque la magia de los cuartos de juegos es algo muy raro y maravilloso y sólo los juguetes que son viejos, sabios y experimentados, como el caballo de piel, entienden esas cosas.



—¿Qué es ser *de verdad*? —preguntó el conejo un día, cuando estaban acostados, lado a lado, junto a la repisa del cuarto de los niños, antes





de que Nana viniera a ordenar la habitación—. ¿Significa que uno tiene cosas que le zumban por dentro y una manija que sobresale?

20

—Ser de verdad no depende de cómo estás hecho —dijo el caballo de piel—. Es algo que te sucede. Cuando un niño te quiere durante mucho, mucho tiempo, no sólo para jugar contigo, sino que realmente te quiere, entonces, te vuelves de verdad.

—¿Duele? —preguntó el conejo.

—A veces —dijo el caballo de piel, porque siempre decía la verdad—. Pero cuando uno es de verdad, no le importa que le duela algo.

—¿Sucede de repente, como cuando te dan cuerda, o poco a poco?

—No sucede de repente —dijo el caballo de piel—. Te vas volviendo. Es algo que tarda mucho tiempo. Por esa razón, no le sucede a la gente que se rompe con facilidad, o que tiene los bordes afilados, o que hay que guardar con cuidado. Generalmen-

te, cuando por fin eres de verdad, la mayor parte del pelo se te ha gastado de cariño, y los ojos se te han caído y

